

dores y de gentes de oficios vivían de la venta del incienso, del suministro de víctimas, de los preparativos de los juegos y de la fabricación de los simulacros; sacerdotes, augures, reyes de sacrificios, mágicos, astrólogos apegados obstinadamente á las costumbres y al lucro de toda su vida, profesaban odio á los que arruinaban su profesion; se esforzaban por sostenerla reanimando el fervor en obsequio del antiguo culto, haciendo de modo que los oráculos duplicasen de atención, y los artesanos de prodigios, de superchería. A falta del sentimiento moral, todos los actos de la vida civil habían sido rodeados de ceremonias religiosas. ¿Cómo podían, pues, prestar el juramento los cristianos que ejercían magistraturas? ¿Cómo podían sacrificar á los dioses? ¿Cómo podían asistir al Senado, que se reunía dentro de un templo y cuyas sesiones empezaban por libaciones á las divinidades? ¿Cómo podían, en fin, presidir los juegos?

Hemos visto cuán aficionados eran los romanos y los asiáticos á las diversiones del circo; pues bien, la religion de Jesucristo prohibía los espectáculos en que se derramaba sangre por gusto; y se conocía á los neófitos en su desvío respecto de aquellas distracciones crueles. Tertuliano decía que la afición á los espectáculos apartaba á más gente del cristianismo que el temor á la muerte.

Cuenta San Agustín que un amigo suyo, Alipio, había renunciado despues de su conversión á los espectáculos sangrientos. Sin embargo, no pudiendo resistir un día á las instancias de sus compañeros se dejó llevar al circo, decidido á permanecer allí con los ojos cerrados mientras durara la lucha de los gladiadores. Mas llega á excitar su curiosidad la algazara del pueblo entre estrepitosos aplausos, abre los ojos, y la vista de la sangre hinche su corazón con tal deleite que ya no puede apartar su vista de la víctima; se embriaga de placer su alma, y se muestra impaciente por saborear los furios del circo. Así triunfaba la costumbre de las más firmes resoluciones.

Desplegaba la idolatría toda la solemnidad de un culto público en las fiestas nacionales é imperiales; el cristianismo no ofrecía más que una austeridad humilde é indigente. Remontándose el politeísmo á los primeros tiempos de

la historia nacional, deificaba á los fundadores y á los legisladores del pueblo, y se les derrocaba de los altares para sustituirles el hijo de un artesano! Veía la muchedumbre en el culto de la patria el de la gloria; así la piedad se confundía con el patriotismo. ¿Cómo habían, pues, de ser acogidos los que predicaban la condenación eterna de los hombres más queridos y venerados, de los grandes filósofos, de los grandes monarcas?

¿Y quiénes eran los que llegaban á minar creencias tan antiguas como el mundo y tan divulgadas como todo el género humano? Acaso griegos ó indios? Aun estimándoles, estaba acostumbrado el mundo á reírse de los filósofos cínicos y de algunos gimnosofistas; esta vez los predicadores eran individuos de aquella raza judía, renombrada por su credulidad, nacida para la esclavitud, blanco de la burla de todos por la singularidad de sus costumbres y por sus abstinencias. Su maestro no había empuñado, á semejanza de los demás autores de religiones, el cetro ó la espada, ni aun siquiera la pluma ó la lira. Sus discípulos no eran más que una tropa de hombres pobres, arrancados al remo ó á las herramientas de su oficio, rodeándose de mancebos sin experiencia ó de ancianos de espíritu debilitado, para contar absurdos; prohibiendo discutir los motivos de la adoración y de la creencia, proclamando que es un mal la sabiduría del mundo, y un bien la locura; *Vuestro patrimonio es la ignorancia*, les decía Juliano, *toda vuestra sabiduría consiste en repetir estúpidamente, creo*.

Llamada era, pues, la religion de Cristo por los latinos *insania, amentia, dementia, stulticia, furiosa opinio, furores insipientia*. Repugnaba al orgullo tener nada de comun con una raza abyecta, con artesanos y esclavos; parecían ridículos á los doctos los misterios, cuya sublimidad no se comprende sino por la gracia. Un dios haciéndose hombre, un ajusticiado resucitando parecían necedades. La pobreza y los suplicios de los apóstoles suministraban un poderoso argumento contra la debilidad del fundador, en una sociedad que no consultaba más que el resultado del momento, para la cual todo tenía su conclusion en este mundo. Exagerando despues y falsificando segun lo convenia, pretendían los adversarios de los nazare-

renos que adoraban el sol, una cruz, un corde-ro. En Cartago se puso de manifiesto un crucifijo con orejas muy largas. Otros afirmaban que era objeto de su adoración una cabeza de burro ó las partes vergonzosas de sus obispos; y el vulgo, siempre muy numeroso, se reía á su costa y los tenía por más estúpidos que perversos.

Pero también se les acusaba de perversidad; obligados como estaban á celebrar secretamente sus juntas, suministraban con esto los cristianos un pretexto para las acusaciones, que de ordinario van dirigidas á todo lo misterioso, y se interpretaban los ritos del modo más siniestro.

Se supone que las sóbrias agapas son festines en que se entregan á todos los excesos de la intemperancia; que ultrajan al pudor y á la naturaleza en el silencio de las catacumbas; que se presenta al neófito un niño cubierto de harina, y lo traspasa sin saber lo que hace, recogiendo la sangre en cálices que pasan de mano en mano, y comiéndose la carne de la víctima. Se trata de personas indolentes á aquellos que hacen dimisión de sus magistraturas, por no poder seguir desempeñándolas sin tributar homenaje á los dioses; los milagros son sortilegios; la constancia de los mártires es resultado de los maleficios, y los cristianos, que no tienen templos ni sacrificios, son proclamados ateos.

¿Y cuál era la moral que enseñaban aquellos hombres perversos? La más pura y austera que ha existido nunca. Predican la pobreza á un mundo idólatra de la opulencia, la humildad en el siglo del orgullo, la castidad en medio de una disolución desenfrenada. Personas que para echar en olvido tantos males se habían engolfado en el deleite sin sospechar siquiera que así podían ofender á los dioses, no sólo oían vedar los placeres de la carne, sino también condenar hasta el simple deseo; prohibición de fornicar hasta con los esclavos; prohibición de vengarse, cuando hacia poco era un deber, una religion la venganza; prohibición de recrearse en el fausto. Oían decir de continuo: ¡Bienaventurados los de corazón humilde! ¡Anatema contra los afeminados, contra los adúlteros, contra los sodomitas! ¿A cuántas personas no debía apartar también del cristianismo aquella

guerra á las pasiones, aquel freno puesto á las inclinaciones más naturales?

También le oponían un inmenso obstáculo los judíos. Aquel pueblo elegido de Dios, que favorecido por milagros evidentes había levantado la cabeza tras enormes desastres, y se había librado milagrosamente de la destrucción en medio de un mundo enemigo, despues de haberse nutrido con las promesas de los patriarcas y de los profetas, se veía súbito defraudado en sus esperanzas; además, aquellas esperanzas se convertían en base de una nueva fé proclamada por uno de ellos; pero le habían negado y perseguido; le habían condenado á muerte.

Si al principio se había abrigado la iglesia á la sombra de la sinagoga, esto duró poco tiempo, pues en breve declaró el imperio una guerra de exterminio á los judíos, que de todas partes se sublevaron contra el yugo extranjero, y se halló envuelto el cristianismo en el odio y en la persecución de que eran blanco.

Conviene agregar á esto las herejías que llegaron á perturbar desde muy luego la unidad de la fé y la pureza de la moral. Incapaces los paganos de distinguir en medio de sutilezas la línea á veces casi imperceptible que separa lo verdadero de lo falso, ridiculizaron aquellas obstinadas cuestiones sobre lo que llamaban necedades sin resultado, pareciéndoles la doctrina católica un manantial de pueriles disputas, y si los herejes se abandonaban a los desórdenes y á los vicios reprobados por la iglesia, á ella acusaban los gentiles, quienes confundían en un odio comun la verdad y el error, bajo el nombre de cristianismo.

Parecía que hasta el infierno desencadenaba sus potestades todas, multiplicando los energúmenos y secundando prestigios atestiguados por los mismos cristianos. Un samaritano, llamado Simón, había adquirido gran celebridad en su patria combatiendo á Moisés y á los profetas; sus discusiones eran consecuencia de la antigua rivalidad de las dos razas que componían el pueblo hebreo. Habiendo oído á Felipe predicar en Samaria donde convertía á multitud de personas, supuso que aquello era efecto de algun encantamiento por su parte, y se introdujo en el número de los neófitos, fingiendo haberse convertido, á fin de arrancarle el modo

de operar prodigios. No podía ofrecerle la nueva religion ningun procedimiento misterioso; pero persuadido de que los cristianos reservaban aquel conocimiento para los prosélitos de un grado superior, procuró tentar á San Pedro ofreciéndole dinero si queria concederle la facultad de conferir el Espíritu Santo por la imposición de las manos.

Rechazado severamente por San Pedro, se separó de la Iglesia y tornó á su primera vida. A semejanza de los orientales y algunos judíos especulativos que personificaban la idea primitiva del universo, pretendió levantar un dios contra otro y se proclamó él mismo como una manifestación divina. Decía que para bajar á la tierra había pasado por diferentes cielos, trasformándose en las diversas inteligencias que los habitan; que aquí abajo había tomado la forma humana; que se había presentado en Jerusalem donde sólo se le había crucificado en apariencia; en fin, á darle crédito, era la palabra de Dios; su belleza, el paraclete, el omnipotente, todo lo que existe en Dios. Para formar una de aquellas parejas tan comunes en las regiones orientales, como la de Isis y Osiris, por ejemplo, se había asociado una mujer; era, según su dicho, la primera inteligencia de Dios, por cuyo mérito había concebido el Padre el pensamiento de criar á los ángeles. Descendida más abajo, ella los había engendrado, sin comunicarles noción ninguna del Padre. En seguida criaron los ángeles las cosas terrestres, y temerosos de que su origen fuera descubierto, retuvieron consigo la inteligencia, sometiendo á mil padecimientos en sus trasmigraciones de cuerpo en cuerpo.

Esta hubiera sido una manera singular de explicar el gran enigma del gobierno del mundo, sin recurrir á la dualidad del principio supremo, si el innovador no hubiera pretendido que el primer pensamiento de Dios se hallara encarnado en una esclava tiria, llamada Elena, tan disoluta como hermosa y tipo de la degradación. Simon contaba las diferentes metamorfosis de aquella mujer, especialmente en aquella Helena que produjo la ruina de Troya, hasta el momento en que, según decía, se sintió destinada á rescatar en la prostituta de Tiró la última metamorfosis de la verdad caída, para hacerla digna de volver á subir á las esferas de

donde había bajado, y de entrar nuevamente en el seno del Supremo Padre.

Con el auxilio de esta mezcla de ideas platonicas, evangélicas y cabalísticas, se aplicaba á apartar los espíritus del Cristo verdadero, y seducía á muchas gentes corriendo de provincia en provincia. También escribió muchas obras, de las cuales ninguna ha llegado hasta nosotros, si bien tenía por principal objeto combatir la divinidad de Jesucristo, suponiendo que Dios, origen y causa de cuanto existe, se manifiesta ante cualquiera que sabe buscarle, y que Jehová, Cristo y el Espíritu Santo, no son mas que virtudes del mismo Dios.

Así como los mágicos de un Faraon oponian prodigios á los que operaba Moisés, Simon oponia prestigios á los milagros de los apóstoles, vanagloriándose de volar por los aires, de hacerse invisible á su antojo, de convertir las piedras en panes, de pasar á través de las montañas. Cuéntase que hizo el viaje de Roma en tiempo de Claudio, y que, habiendo ensayado allí tomar vuelo en el espacio, cayó pesadamente y se reventó en la caída.

Otro artífice de prodigios (4 antes de J. C.) Apolonio de Tyana en Capadocia, despues de haber estudiado en las principales escuelas de Asia, y especialmente en medio de los pitagóricos, quiso fundar su doctrina en la antigua tradición itálica, así como las doctrinas cristianas ingertaban en las de Platon. Habiendo abandonado á su familia cuanto poseía para consagrarse exclusivamente al estudio de la sabiduría, moró largo tiempo en el templo de Esculapio, en Cilicia, ocupándose en curar enfermos; se esforzó por volver al camino del bien á un hermano extraviado, luego le dedicó completamente á la filosofía, hácia la cual le arastraba su espíritu irresistiblemente.

A estilo de los pitagóricos se impone un silencio de cinco años, y no lo rompe sino en medio de una sedición popular donde es llamado á poner freno á la muchedumbre; se limita á hacer una señal al pueblo para que se sosiegue; oye sus quejas y despues la justificación de los magistrados; entonces indica con un gesto que de parte de estos últimos está la justicia, y el pueblo se apacigua ante aquella decisión muda.

Se encamina también á la fuente del idea-

lismo, á Nínive, en medio de los magos de Babilonia; pasa veinte meses en la corte de los partos, donde aprende el grande idioma de los animales. Como se le presentase la imagen del rey para que la adorara, dijo: *Ya sería mucho si el que os gobierna merece que yo le estime y le alabe*. Platica en la India con los brahminas, luego regresa á la Jonia, predicando el culto de las ideas, de la inteligencia, del idealismo puro. Allí le sigue un tropel de gentes; abandonan sus talleres los artesanos por arrastrarse en pos de su huella; repiten los oráculos sus alabanzas; le envían las ciudades embajadores para ofrecerle su hospitalidad ó reclamar sus consejos; se le erigen estatuas y altares, atribuyéndole un poder sobrenatural.

Inspira en Efeso, ciudad totalmente consagrada á las danzas, á los conciertos, á las vanidades, afición hácia la filosofía, y exhorta á sus moradores á hacer comunidad de bienes. En el momento en que peroraba sobre este punto, abatiendo un ave su vuelo se aproxima á otras aves como para contarlas alguna cosa, y todas remontan su vuelo en bandada. Apolonio, que ha fingido prestar oído á sus gorgoros, dice á sus oyentes que aquella ave ha llegado á anunciar á las demas que un mancebo se había caído en cierto paraje, quedando desparramado el grano que conducía, y las invitaba á recogerlo. Habiéndose apresurado los efesios á correr para cerciorarse del hecho, reconocieron su cabal exactitud, y concibieron su más alta idea de Apolonio, quien continuó exhortándoles á hacer comunidad de bienes á ejemplo de aquellos animalitos.

También les predijo que se declararía entre ellos la peste, y la hizo ceder tan luego como hubo estallado. ¿Cabia en lo posible dudar de su divinidad despues esto? No habiendo querido el jerofante admitirles en Atenas á los grandes misterios, le dijo Apolonio: *No serás tú el que me inicies, sino tu sucesor*, y en efecto, cuatro años despues fué admitido. Hizo el viaje á Roma, donde Neron, enemigo de los filósofos, acababa de encarcelar á Musonio, quien apenas cedía en saber á Apolonio. Los discípulos de éste, que temían le cupiera una suerte semejante, le dejaron solo; pero dió tan buena cuenta de sí propio al cónsul y á Tigelino, que le permitieron residir en la ciudad y alojarse en

los templos, como era costumbre. Viajó por España y Egipto, donde dió consejos sobre el arte de bien gobernar á Vespasiano, que acababa de ser ascendido al imperio. En Etiopia le opusieron los sacerdotes sus quejas sobre haber visitado primeramente á los indios, que les eran tan inferiores en cultura.

El carácter de este nuevo Zoroastro, regenerador del paganismo, está más en armonía con el tiempo en que fué escrita su historia que con aquel en que se supone que viviera. Independientemente de sus predicaciones sobre la vida humana y sobre la inteligencia de las cosas, explicaba la razón misteriosa de las sacras efigies y de sus atributos, el modo con que debían hacerse, y en qué momentos las libaciones y los sacrificios. Reprimió las obscenidades de las bacantes, hizo renunciar á los atenienses á los juegos de los gladiadores, reconvinó á los alejandrinos por su excesiva afición á las carreras de carros. Además expulsaba á los demonios, y predecía lo venidero. A propósito del istmo de Corinto había dicho: *Esta lengua de tierra será cortada y no lo será*, y pareció haber profetizado cuando Neron probó á ejecutar aquella travesía é interrumpió el trabajo. Otra vez anunció que sucedería una cosa y no sucedería, y se pretendió que había querido hablar del rayo que estalló cerca de Neron sin causarle más daño que hacer que se le cayera una copa de la mano.

Acusado ante Domiciano por un griego, se presentó en Roma para justificarse, y estuvo el mismo día en Pouzzolas y en Efeso. Se hallaba en esta última ciudad en el momento en que Domiciano era inmolado en Roma, y arengaba á la muchedumbre, cuando suspendiendo su discurso como si su atención se hubiera fijado en otra cosa, *hiere*, dijo, *hiere*; dirigiéndose despues á sus atónitos oyentes, añadió: *Ya no existe el tirano*.

Apenas fué elevado al imperio Nerva, que le profesaba amistoso afecto, le llamó á su lado; pero se excusó y le dirigió buenos consejos enviándole Damis su discípulo. En seguida desapareció y no se le encontró mas vivo ni muerto. Erigióronle un templo los habitantes de Tyana; en otros tiempos fué colocada su estatua. Adrianó recogió sus epístolas; Caracalla le tributó honores divinos; tenía el emperador